

# La Antipoesía de Jaime Quezada

Por Hugo Montes B.

¡Qué grato es el encuentro con un poeta desparpajado, suelto, ligero casi! En medio de las academias y los estudios de clásicos, junto al conferenciante severo y al predicador convencido, uno se topa a veces con espíritus que aparentan lindar con lo irresponsable. Dan ganas de seguirlos para ver hasta dónde llegan, de verlos en todo caso en su peripecia de aventura y libertad.

En Chile hay una línea de poesía así. La inició hace sesenta años Vicente Huidobro, que explícitamente se declaraba antipoeta y mago. Neruda supo asomarse por ella en sus mejores momentos, por ejemplo, en **Estravagario**, el libro de las contradicciones, el humor y la falla al "compromiso". Nicanor Parra la usó como si fuese una bandera que supo enarbolar en diversas latitudes temáticas y retóricas. Joaquín Allende la cultivó entre alcachofas y copihues. José Miguel Ibáñez la hizo conocer en poemas dogmáticos. Blas Viator le dio una expresión inesperada, de crítica a la burocracia y a la majadería ordenadora y "eficaz". Angel Custodio González compuso desde ella su espléndido **Autorretrato**. Y ahora reaparece con Jaime Quezada, en un **Astrolabio** que la editorial Nascimento entrega en publicación grata, tradicional.

Cuando se haga el inventario de la poesía chilena del siglo, habrá que fichar a todos estos antipoetas, a estos réprobos del decir adusto y canónico. Son el antídoto de la severidad, del rigor que ocurre en el soneto y en la décima. Lejos de la Mistral y del Neruda de las mayorías, del finísimo Pedro Prado, del tierno y profundo Guzmán Cruchaga, estos iconoclastas apuestan contra lo que exigen los maestros y los profesores. Ellos arriesgan su prestigio, que parece no importarles mayormente, en el golpe de dados de su escrito a menudo trivial, versolibrista, urgido por el decir cotidiano. Suelen lindar con el humor o con la rabia en un deliberado distanciamiento de la "medida". Asumen la temática del día y no dejan tranquilo a nadie: a los más les causan molestias, a algunos despiertan entusiasmo superior.

Dentro de este contexto nada deleznable hay que leer los versos de Jaime Quezada. Comienzan con "Poemas de las cosas olvidadas", de 1965, y rematan en el apartado que da título al libro, de 1975. En medio, "Las palabras del fabulador", "A la pata coja", "Solentiname", "Historia de Familia" y "Poemas fechados". Son diez años de creación continuada en el dejo coloquial, la alusión a escenas corrientes ("Ese polvo vegetal/ que mi madre traía en sus zapatos viejos/ después de espantar/ los gansos ajenos en el camino"), la enumeración caótica, las frases hechas. Con estos elementos menudos surge lo inesperado, el poema fresco y vivo:

Digo pan

Y la mesa extiende su mantel  
Como un cuaderno de dibujo  
Y en un abrir y cerrar de ojos  
Ya no existe el pan  
Ni la mesa  
Ni el mantel:  
Sólo el retrato hablado de mi hambre.

"Solentiname" recoge una experiencia que altera el curso más o menos **material** del libro. En la isla presidida por Ernesto Cardenal, las cosas importan menos y se descubren valores del espíritu no puestos de manifiesto en páginas anteriores. La solidaridad, por ejemplo, tiene un lugar preponderante. Allí los muchachos ayudan a sus mayores a desgranar maíz, a desmalezar el monte y a poner kerosene en los candiles. La sencillez del entorno alcanza al poeta: "Quiero decir que uno se vuelve un poco criatura de Dios".

Son poemas breves, pequeños esbozos de situaciones que resumen realidades mayores. No hay simbolismo sino acertadas síntesis establecedoras de algo que trasciende lo inmediato o, al menos, que le da plenitud de sentido. Léase, por ejemplo, este verso que inicia un poema: "Mi infancia es un cerezo plantado por mi hermano mayor". Texto feliz que recuerda la poesía de Jorge Teillier en sus mejores momentos.

En un texto en prosa inicial—"Testimonio y referencia"—, Jaime Quezada presenta su obra. Aparece como un joven de provincia que estudió en el liceo y en la universidad con un resultado extraño (Total: salió poeta, no abogado); aventurero, va de Concepción a Machu Picchu, el Tikal y Nicaragua. Resume su ideal de vida en palabras que nos dejan meditando:

"Creo en la eternidad, no en el futuro, ni en los héroes, ni en los programas de televisión. Prefiero la vida retirada a mirar vitrinas o leer avisos comerciales... quiero ser pobre, quiero ser solitario".